

# The Apostles Review

NUESTRA LENGUA, ENRAIZADA EN LAS TIERRAS DE LA ISLA TORTUGA DESDE 1789

Número 24 – Primavera-verano-otoño 2020



CANCINO – CARRIGAN – COHEN – DE ELÍA – DESJARDINS – ESCOBAR  
GARCÍA – HAZELTON – HOYOS GARCÍA – JIMÉNEZ – LONG – LÓPEZ  
MARTÍNEZ – MILDENBERGER – MORALES – MORALI – NOSRATI  
PEREZDIAZ – SARAVIA – TORRES RECINOS – URBANYI – WISEMAN

## The Apostles Review / Primavera-verano-otoño 2020

ISSN 1918-087X (version imprimée)

ISSN 1918-0888 (version en ligne)

ISBN 978-1-988870-09-0

Dépôt légal : 3<sup>e</sup> trimestre 2020

Bibliothèque et Archives nationales du Québec

Bibliothèque et Archives Canada

Nouveau site sur Internet : <http://www.apostlesreview.com/>

**Éditeur : Diego Creimer**

**Révision : Alejandro Saravia**

**Impression : Août 2020 / Imprime-Emploi, Montréal, Québec, Canada**

**100 exemplaires**

*ApostlesReview* est une création collective qui publie des nouvelles, des essais et des poèmes en espagnol, français et anglais. Chaque auteur publié dans cette revue, au Québec et au Canada comme à l'étranger, possède la totalité des droits sur ses œuvres.

**© Apostles Review 2007-2020**

**Tous droits de traduction, de reproduction et d'adaptation réservés.**

Impreso en Canadá – Imprimé au Canada – Printed in Canada

# *The Apostles Review*

En papel

Montreal

Número 24 – Primavera-verano-otoño 2020

---

---

Vigésimo cuarto prólogo en disenso		5
Marginalia /Apostles Review en Internet		43
<b>FICCIÓN</b>		
Ramón de Elía	<i>La anatomía presupone el cadáver</i>	7
Neyda H. Long	<i>Mi entrevista con el futuro</i>	9
Dona Wiseman	<i>La primera cuarentena</i>	15
Alejandro Saravia	<i>Perro con alas de pelo</i>	16
Roberto Perezdiaz	<i>Covid19 Cuarentena 2020</i>	22
Sara Cohen - Louise Desjardins	<i>La amistad: escrituras-diálogo - L'amitié pandémique</i>	25
Pablo Urbanyi	<i>Milagros...</i>	27
Juan Mildemberger	<i>Tres microrrelatos</i>	29
Jorge Carrigan	<i>Narraciones breves</i>	31
Jurgen Jiménez	<i>Minuto 93</i>	37
<b>ENSAYO</b>		
Sergio Martínez	<i>Imaginando la post-pandemia: eludiendo el Destino</i>	35
<b>POESÍA</b>		
Pilar Escobar	<i>Dos canciones en tiempos de pandemia</i>	12
Luis López	<i>Primavera 2020</i>	14
	<i>Testimonio que me llega de la distancia social</i>	41
Hugh Hazelton	<i>Lagos</i>	21
David Hoyos García	<i>First year of pandemic</i>	24
Julio Torres Recinos	<i>Confinamiento</i>	28
Lida Nosrati	<i>Two Poems</i>	30
Laure Morali	<i>Je n'ai pas connu la mer sous Anticosti</i>	32
Flavia García	<i>Quatre poèmes</i>	34
Carlos Morales	<i>Repiten</i>	39
Alejandro Saravia	<i>22</i>	40
<b>ARTE</b>		
Jorge Cancino	<i>Coronavirus</i>	Tapa

---

---

Director y editor de este número  
Fundador

ALEJANDRO SARAVIA  
RAMÓN DE ELÍA

---

---

*La publicación de este número fue posible gracias al mecenazgo de una persona que apoya la literatura hispano-canadiense.*



## VIGÉSIMO CUARTO PRÓLOGO EN DISENSO

El 11 de marzo de 2020 sucedió algo cuya magnitud todavía escapa a cualquier descripción que se pueda dar al presente.

El anuncio de la Organización Mundial de la Salud sobre la aparición de una pandemia mundial nos ha llevado a contemplar durante las horas, días y semanas posteriores, de pronto disponibles debido al confinamiento, el rostro del monstruo que la racionalidad humana ha creado, el monstruo que también nos habita, porque con nuestros gestos cotidianos, nuestras palabras, nuestros hábitos de consumo, hacemos posible su existencia y su triunfo.

El discurso positivista del desarrollo y la desmesurada acumulación de capital impuesta por el neoliberalismo a escala mundial nos han llevado a construir un castillo de arena frente a un océano enfermo. “El Antropoceno asesino llegó a tu fiesta sin invitados”, dice un poema de Luis López que publicamos en este nuevo número.

El coronavirus no es un accidente, es la expresión de un modo de vida, de una concepción del mundo. Es el precio que paga la humanidad por creer en el dogma del crecimiento económico infinito. Pero no la pagan todos por igual, y esas decisiones las toma más bien una minoría que hace mucho dejó de entender qué es ser humano. Es también una de las consecuencias relativamente menores de la destrucción medioambiental del planeta.

¿Es necesario escribir sobre la pandemia?

Podríamos decir que no porque los libros acumulados en casa nos murmuran constantemente: “lee, relee de nuevo, ya todo ha sido escrito”. Refiriéndose a nuestras bibliotecas personales, Ramón de Elía escribe en un cuento que incluimos. “En el simple acto de abrir y revisar un libro, de tocarlo, desempolvarlo, se descubren también sin querer conexiones impensadas”.

Podríamos repetir que no porque en el mundo de la escritura ha surgido una oleada de convocatorias llamando a enviar textos a propósito del nuevo virus. La editorial Penguin Random House Canada ya publicó en junio una antología, “Together in a Sudden Strangeness, America's Poets Respond to the Pandemic”. Si a esto sumamos la cantidad infinita de textos en revistas y otras publicaciones electrónicas sobre la pandemia, disponibles en internet en las lenguas dominantes en las Américas, podemos decir que tenemos lecturas disponibles para un buen rato. Sin embargo, también podemos responder que sí, que es necesaria esta escritura sobre la pandemia. Porque, ¿cómo saber cuál es -o cuál fue- la mirada, el imaginario de ese minúsculo contingente de autoras y autores que escriben en español en Canadá? ¿Cómo reaccionaron, qué imaginaron cuando llegó el Covid-19 a sus vidas? ¿Existen textos sobre tal momento en la historia menor de una lengua menor?

“En esos días de cuarentena... vivimos los sueños sin clara frontera entre lo onírico y la vigilia”, escribe Dona Wiseman, ilustrando la desaparición de un mundo de certidumbres. Quizá el 11 de marzo de 2020 es nuestro 12 de octubre de 1492.

Aparte de esta noción implícita de documentar desde la alteridad estos días de pandemia, de buscar sumarse a un imaginario colectivo a la vez aterrado, doliente y esperanzado, hay una razón aún más potente para escribir sobre este mal: escribir es una forma de vencer el aislamiento, de acercarse al prójimo, de compartir una palabra, una visión. Escribir nos hace panaderos. Puede que nuestro pan no le guste a nadie, pero puede ocurrir lo contrario, que el lector encuentre por lo menos una línea decente en los textos que le ofrecemos, y que se sienta menos agobiado ante un virus para el cual aún no existe vacuna. Escribir es de algún modo el grado más alto de libertad y también de entrega, de solidaridad.

Este nuevo número llega con la idea de que escribir es un acto de presencia, acto necesario en una sociedad pluricultural. Cada número es un inukshuk de textos que va marcando la geografía de nuestras preocupaciones, afanes y visiones en momentos en que también los íconos del colonialismo están siendo derrumbados y van surgiendo nuevas formas de interpretar y cuestionar la historia oficial y los tóxicos discursos nacionales e identitarios.

Queda por ver qué efecto tendrá la pandemia en cada una de las voces que participan en la revista. Quizá sin darnos cuenta hemos llegado al fin del camino. O quizá se abren nuevos horizontes, nuevas posibilidades en un momento en que la diversidad de voces y perspectivas se hace más necesaria que nunca porque hay que imaginar el mundo que queremos, la literatura que queremos compartir.

*Alejandro Saravia*  
*Montreal, julio de 2020*

## **DISENSIÓN AMISTOSA**

Hace hoy 15 años que publicamos esta revista con regularidad. Por primera vez en nuestra historia reciente, un poco como sucedió con los Juegos Olímpicos, tuvimos que retrasar la publicación de un número, abriendo así la puerta al terrible calificativo de « cuandopuedario » que nos acechaba desde hace rato.

Al igual que los japoneses y el Comité olímpico internacional, teníamos una buena excusa. Huelga hacerla explícita aquí.

Lo cierto es que la pandemia y el clima de fin de mundo que se ensaña sobre nosotros se han cobrado muchas víctimas. Amigos que dejaron de escribir, espacios de lecturas públicas que se encarecieron, librerías que quebraron, festivales que se pixelaron, libreros que nos dejaron, lectores que cerraron sus libros, o sus ojos, y voces que se

hicieron discretas hasta callarse. ¿Derrotero del desánimo? No: invitación a la resistencia.

El papel, como los bosques, está desapareciendo. Pocos son, o ninguno, quienes nos leen en línea. Por eso tomamos la decisión de reducir la tirada de 150 ejemplares a 100, con la firme intención de seguir publicando una versión impresa en la que cada ejemplar tenga el destino que merece: llegar a las manos de al menos un lector.

No sabemos en qué circunstancias hemos de publicar el número 25. La incertidumbre sanitaria, económica, medioambiental, y la violencia que se descubre en cada gesto nos han expuesto a lo mejor y a lo peor de nosotros mismos. En medio este torbellino, nos reconforta saber que aún contamos con esta pequeña comunidad aferrada al acto creador.

A nosotros nos toca reflexionar sobre este mundo cuya crisis sanitaria es apenas un síntoma de un problema mucho mayor. Mientras tanto, las páginas de nuestra revista seguirán al servicio de la ficción, el ensayo, la imagen y la poesía, que son las herramientas con las que repensamos nuestra condición, con honestidad y sin mayor pretensión que volver nuestras ideas y contradicciones inteligibles para el lector.

Mientras esperamos una hipotética vacuna salvadora, que las letras nos sirvan de remedio.

*Diego Creimer*  
*Verdun, agosto de 2020.*

# LA ANATOMÍA PRESUPONE EL CADÁVER

*Ramón de Elía*

Ya el primer día decidí que debía catalogar la biblioteca. Siempre la he mirado con una extraña mezcla de orgullo y melancolía: lo primero por la sobria vanidad que da la acumulación, y lo segundo por ser un testimonio material del paso de tiempo, y esa sensación de que, sin ser tan grande, ya se me hace infinita. Casi toda biblioteca casera se transforma en una Biblioteca de Babel, con libros o rincones que jamás serán accedidos y otros que nunca volveremos a visitar.

Catalogar la biblioteca, sin embargo, no amaina estas sensaciones sino que las potencia: nos sumerge en la resbaladiza compañía de nuestros amigos siempre presentes --aquellos en papel, los que no nos pueden abandonar-- y en el recuerdo de nuestro camino hacia cada de uno de estos objetos. Tengo el hábito de comprar un libro en cada lugar que visito, así que los estantes representan también aquellos días en lugares inolvidables, insulsos o infames.

Catalogar la biblioteca es repasar aquellas notas que dejé en los márgenes, o las emocionadas marcas en un párrafo favorito (emoción que muchas veces ya no comprendo).

En el simple acto de abrir y revisar un libro, de tocarlo, desempolvarlo, se descubren también sin querer conexiones impensadas. La mayoría de estos libros tienen vidas pasadas, inscripciones de nombres de aquellos que alguna vez los poseyeron y amaron o desdeñaron. Nombres con resonancias familiares y direcciones reconocibles; seres seguramente idos o yéndose cuyos libros huérfanos se refugian en mi casa. Imposible no sentir una cercanía con aquellos

desconocidos --ilustres desconocidos-- que nos han legado sus libros por intermedio de una librería de viejo. Sin conciencia o con ella, son parte de una cadena que empezó hace más de 2000 años.

Así me encuentro también con libros de amigos, o regalados por amigos, o robados a un amigo; con libros en estado de pronta descomposición, y otros sanos pero que nunca leeremos. Y esas extrañas coincidencias de los vecinos alfabéticos que parecen destruir el orden del universo, o el estante que acumula el corazón de la biblioteca. Ese estante que de por sí podríamos leer cíclicamente, sin parar, empezar y terminar, para volver a arrancar. Acepto un juego que nadie me propone y me digo; si me dejan sólo la letra K, mi mundo no desaparecerá.

Hay algo de renuncia en catalogar una biblioteca, un ceder a transformarse en actuario de uno mismo, a tomar nota de lo que fue esta vida de uno, convertirla en materia cuantificable, ordenarla, someterla al control que la memoria ya no tiene.

Pero mientras yo me recluyo en la compañía de mis libros, afuera pasan cosas. La vida es casi la misma pero ahora tiene esa pública etiqueta de desastre; desastre visible e invisible, desastre presente y desastre en ciernes. Donde hay mucha más necesidad de expresarse que de escuchar a quien se expresa. Donde algunos descubren ser escritores en potencia y otros escritores impotentes. Para algunos ésta es la calma re-descubierta, para otros el frente de batalla. Algunos en el medio de la peste, otros



balconeo desde los alrededores de una Florencia medieval.

“L'anatomia presuppone il cadavere” cita alguien a D'Annunzio en uno de los libros que hojeo. Primero pienso en mis manos cirujanas manipulando libros testimonios de una vida casi completa, y luego en un salto Copernicano salgo afuera, donde pasan cosas. Pienso que no puedo hacer anatomía porque todavía no tengo este cadáver; el cadáver del COVID pasando por delante de mi casa y yo orientalmente mirándolo avanzar luego de una paciente espera. No; no se puede hacer anatomía todavía, sólo diagramas insensatos y teorías pretenciosas de lo que fuimos, lo que somos, o lo que será.

Hoy está mi biblioteca, y sobre todo la letra K, esa letra tan poco latina y casi repudiada por nuestra lengua (sólo concebida para no sacarle el sayo a lo foráneo).

Durante estos días mi casa- se desprendió de su lugar de residencia y se dirige hacia una geografía que es donde realmente pertenece. Ya parece hasta un contrasentido pagar impuestos en esta ciudad de la que estoy ausente, porque no me sorprendería al salir de esta casa-prisión encontrarme en el fangoso Copenhague del siglo XIX. ¿Cuántos hogares estarán migrando en este mismo momento motorizados por una biblioteca, memorias, sueños o querellas? Convergiendo y divergiendo casi sin saberlo, casi sin percibirlo.

Vuelvo a mirar la biblioteca, no ya como metáfora de cadáver en ciernes sino como un navío que me lleva a casa. Voy hacia la ventana y fijo los ojos en la nada que ocurre. Observo a lo lejos un hombre que se sienta a la vera de un río bajo el ardiente sol de Babilonia, no lejos de un bosque de Álamos. De repente, sé que rompe en un llanto recordando a Sión. Un Sión que no sabemos qué es ni dónde está. –



# MI ENTREVISTA CON EL FUTURO

CÓMO ABUELA Y SU NIETA FUERON JUNTAS AL PASADO QUE ABUELA NO HABÍA CONOCIDO

*Neyda H. Long*

Mi mundo era otro mundo, no lo reconocía, no podía creerlo. Solo quedaban vestigios de que mucha gente pasó por ahí. Veía solo pedazos de papeles y retazos de cosas que llenaban la calle principal. Encontré soledad... y silencio...

Fui a verla hoy, tan elegante, tan firme, con su mirada inteligente y siempre lista para decir lo que pensaba... esos ojos verdes que destellaban de vida desde que la vi nacer... Y siempre lista para la vida y sus retos...

Hoy vine a visitarla después de tantos años. No sabía lo que había pasado después de mi partida. El mundo era diferente después del primer brote de esa enfermedad silenciosa que atacaba a los amigos y enemigos, a los jóvenes y a los viejos a los ocupados y a los vagos.

¡Hola! Le dije, Me respondió como si ayer hubiese hablado con ella, como si nunca me hubiera ido. Se sentó con una taza de bebida caliente en el andén de su jardín. Me atreví a decirle: Tu jardín está lleno de rosas, aún tienen el perfume de la primavera. Me dijo: Sí, todavía trabajo con ellas; las alimento con productos naturales pues ahora con las fábricas cerradas, no hay fertilizantes químicos. Las autoridades han dicho que los productos químicos son dañinos porque disminuye nuestros anticuerpos que nos ayudan a luchar contra diferentes virus. Tímidamente le pregunté ¿Qué pasó con tu carrera y tus aspiraciones? Me respondió: Antes te decían que no tenías las cualificaciones ni la experiencia necesaria, pero ahora te dicen que el proyecto se retrasó por

culpa de la pandemia. Es sólo una excusa más para que no puedas realizar lo que deseas... El gobierno dice que sólo ayuda a los que han perdido el trabajo. Pero, si tú nunca has conseguido un empleo “oficial” no tienes los requerimientos para recibir la ayuda de emergencia que ni siquiera alcanza para cubrir los gastos fundamentales de la quincena.

Las empaquetadoras y las fábricas de alimentos han desaparecido. No solamente hemos tenido una pandemia como la que tú conociste, han ocurrido muchas más... Unas son ficticias y otras auténticas... No importa si son imaginarias o no pues las consecuencias son las mismas. El miedo paraliza a la gente, el miedo paraliza las fábricas, los mercados. Nadia habla ya con nadie por “el miedo” a lo que pueda pasar o no pasar.

Te diré, Abuela, que tengo buenas memorias de mi infancia y de los primeros años de mi juventud.

Me acuerdo de mis vacaciones de verano, los viajes con mamá, los viajes con papá; nunca descansábamos, nunca estábamos solas. Salíamos de picnic, entrábamos a los parques, restaurantes. Durante mis primeros años en la universidad, fueron años que pasaron muy rápido entre conciertos donde cantábamos hasta perder la voz. Nos reuníamos con las primas y hablábamos hasta el amanecer. Después venían los exámenes y las ponencias. Yo hacía como papá lo hacía, escribía las ponencias cinco horas antes de la hora límite; pues estábamos muy ocupadas con nuestros amigos y canciones. Después

vino otra pandemia y la gente quedó en silencio. En las universidades no podíamos reunirnos con los amigos y las autoridades universitarias pidieron a los profesores que grabaran sus clases y los pusieran en línea. Las universidades utilizaban cada semestre las mismas grabaciones y los profesores no podían protestar porque su sindicato había firmado un acuerdo relacionado con el material electrónico era propiedad de la universidad, pero con la mención del autor del curso, para cubrir la cláusula de la propiedad intelectual. Así las universidades podían ofrecer programas listos para ser difundidos en línea... Nos decían que comiéramos natural de nuestros jardines porque las fábricas de comida habían cerrado. Escuché rumores de que las fábricas habían cerrado porque los trabajadores pedían aumento de salario y los dueños prefirieron cerrar las fábricas. Era más económico el cierre de las fábricas que someterse a la dictadura de los sindicatos...

Hubo muchos cambios climáticos: inundaciones y sequías eran la norma. Los agricultores y los ganaderos empezaron a pedir ayuda del gobierno para compensar las pérdidas millonarias. Las plantas procesadoras de carne cerraron pues “los veterinarios del gobierno” empezaron a decir que las reses estaban contaminadas con el virus. Empezaron a publicar anuncios dirigidos a la población para que dejaran de comer carne y productos animales pues estaban contaminados con el virus. A los agricultores les dijeron que para proteger a la población era mejor que la gente cultive los vegetales en sus casa y jardines para así impedir la aparición de otros brotes pandémicos. Consecuentemente las plantas procesadoras de alimentos tuvieron que ser eliminadas pues hubo anuncios de que estaban contaminadas con los virus. De esta manera los empresarios no tenían que

someterse a los dictámenes de los sindicatos. Así inventaron pandemias y más brotes de virus “mortales”. La propaganda de los gobiernos sustituyó a los noticieros. La censura se estableció como norma, para no crear pánico a la población. Solo se creaban “pandemias” que no eran otra cosa que el verdadero “virus” llamado hambre. Millones murieron en el mundo por ese “virus”. Esta pandemia de hoy no tiene cura pues ha sido diseñada para controlar a los pueblos con el miedo de que “viene otro brote pronto”. Hace mucho tiempo Abuela, los viejos murieron en instituciones llamadas Casas para el Cuidado de Ancianos y los dejaron morir de inanición, después dijeron que murieron a causa de otro brote de la pandemia. En la casa de cuidados a los ancianos no había comida y lo único que tenían para calmar el hambre eran los barbitúricos. Ellos protestaban a los cuidadores por la falta de alimentos, nadie los bañaba, nadie los sacaba a tomar el sol. Por su parte, los trabajadores pedían un aumento salarial y la solución de los dueños fue darle más barbitúricos a los ancianos y así ponerlos a dormir. De esta manera, como no había clientes para cuidar los trabajadores no podían protestar y se quedaron sin empleo... Escuché rumores de protestas por parte de diversos grupos religiosos porque el gobierno cerró todas las iglesias, templos, sinagogas y mezquitas al público con la excusa de que el gobierno debía velar por la salud pública. La gente hacía vigiliias por la noche frente a los edificios que una vez fueron centros de ceremonias religiosas. La policía los dispersaba pues no podían congregarse más de diez personas en público. Se les ordenó que practicara sus respectivas creencias en sus propios hogares. Supe que la gente se reunía en secreto y muchos extraños eventos tuvieron lugar...

Hoy los que sobrevivimos somos los jóvenes por ahora. La gente muere al llegar a los 60 aproximadamente. Han creado un sistema de la ley llamada “la muerte asistida”. Se han ampliado las provisiones para utilizarla. De este modo la gente muere y no se considera homicidio pues lo único que se necesita es que una hoja en blanco tenga tu firma y se rellena después con tu “autorización”.

Abuela, no te he visto desde hace mucho tiempo. Perdí la comunicación contigo. Perdí tu número para poder mandarte textos, no supiste que pasaron muchas cosas. Aunque siempre pensaba en ti, y esperaba que sobrevivieras y que continuaras escribiendo tus poemas y tus cuentos.

Abuela comenzó a hablar. Me decía que me extrañaba, que me quería, no sabía lo que le había pasado a mi hermana menor. Me hablaba suavemente, su voz se fundía con el viento susurrante... Ella me estaba hablando quedamente, preguntándome suavemente... Miré hacia el horizonte; copos de nieve caían lentamente en la espesura de la campiña. No había flores porque la naturaleza estaban durmiendo, esperando el beso de la primavera. De repente un suave torbellino blanco se paseó por el horizonte. Me quedé contemplándolo... cuando cambié la mirada para continuar hablando con ella, sólo permanecía el suave torbellino deslizándose y perdiéndose entre los copos de nieve que caían como los cabellos blancos de Abuela, pero no estaba segura...No estaba segura si realmente habíamos conversado...

*Fredericton, 18 de mayo de 2020.*

**Epílogo:** Lo que no le dije a Abuela fue lo que pasó después de tantos consecutivos brotes pandémicos. Tuvimos que aprender otro modo de vida, aprendimos a reconocer que no estábamos solos en el universo. La vida fluye y estamos todos interconectados. La Madre Naturaleza nos enseñó a que dependamos de ella para sobrevivir en este planeta. Este fue un período de recuperación, no sólo para detener la vorágine del ciclo de sequías e inundaciones. Comencé a cuidar mi jardín y empecé a ayudar a otros a sembrar no sólo flores sino vegetales. Aprendimos a utilizar los recursos de la naturaleza cuando lo necesitamos y eliminamos la explotación desmedida de nuestros recursos. Usamos el sol como fuente de energía para mantener el patrimonio cultural de la humanidad y poder continuar escribiendo en papeles que no maten a los árboles. Supe de un grupo, durante las crisis pandémicas, que se fueron a vivir a otros planetas. Nunca supimos más de ellos. Pero te diré Abuela que la semilla de la vida se encuentra entretejida en la fábrica del universo. Ahora, nuestro planeta se ha recuperado, el mar perdió su acidez, los corales empezaron a recuperarse, las especies marinas y terrestres empezaron a poblar este planeta otra vez. Lo mismo, los bosques y las campiñas comenzaron a proliferar. Te diré, Abuela, que yo soy la promotora de esta armonía entre nosotros y la naturaleza. Hemos unificado nuestros esfuerzos para construir una nueva era. Abuela, solo he visto los comienzos de esta nueva era, ahora, mis cabellos se están volviendo blancos como los tuyos...Mis nietos tomarán la antorcha de la vida... otra vez... –

# DOS CANCIONES EN TIEMPOS DE PANDEMIA

*Pilar Escobar*

## CUNA NUBE

Cuna, nube entre montañas,  
se va por vapor de agua  
y con vaivén muy sinuoso  
llovizna cayendo,  
lloro que me arrulla.  
Verde valle de sollozos,  
tu lamento silencioso  
¡ay, me tortura!

Humedal, esponja nata  
mullida, vertiente grata,  
yo te abrazo tierra mía,  
enjuaga tú mis heridas  
con mis lágrimas.  
Dame descanso en tu lecho,  
profundamente en tu pecho,  
en mi memoria.

Cuna, nube entre montañas,  
se va por vapor de agua  
y con vaivén muy sinuoso  
llovizna cayendo,  
lloro que me arrulla.  
Que si en sueños río o lloro,  
tu neuma y tu voz imploro  
para no callar.

Y dice mi tierra y las tierras del mundo,  
y dice mi tierra y las tierras del mundo,  
y dice mi tierra y las tierras del mundo,  
y dice mi tierra...  
¿Por qué me tratas así, si yo no te he hecho mal?  
¿Por qué me tratas así, si yo no te he hecho mal?  
¿Por qué me tratas así, si yo no te he hecho mal?  
¿Por qué me tratas así, si yo no te he hecho mal?

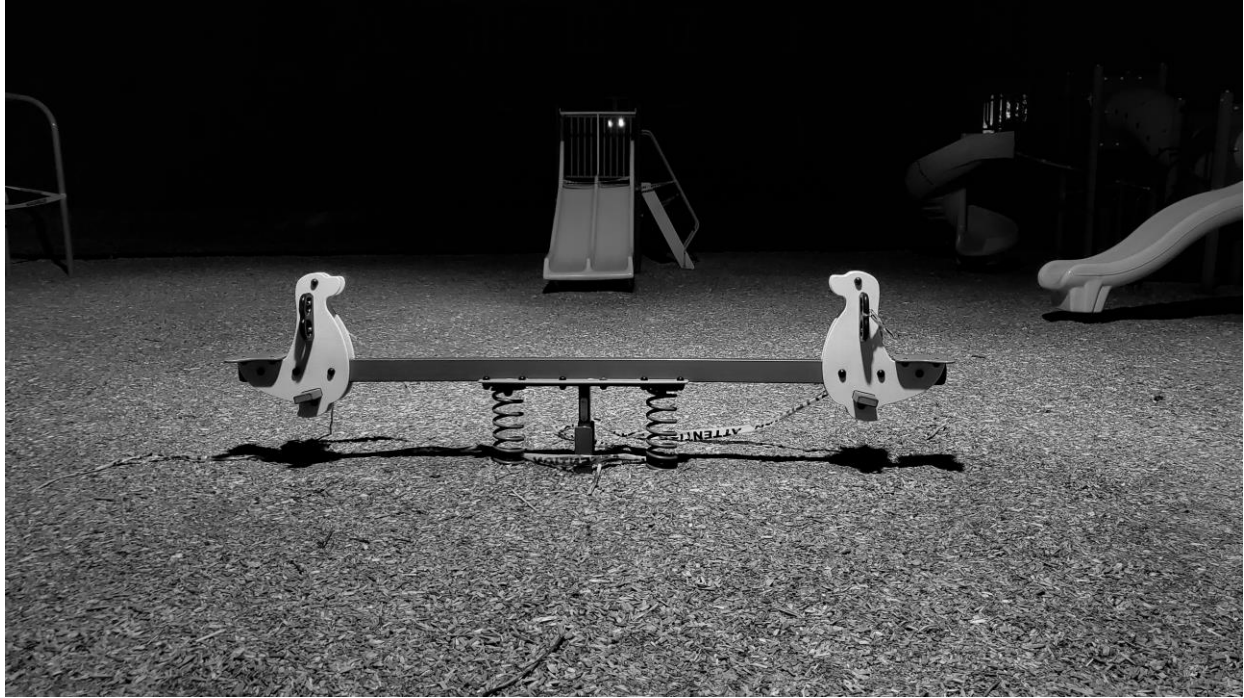
## LÚCIDOS

Con la escoba voy limpiando desde adentro  
cada rincón donde vivo, donde muero,  
lagrimitas van despertando mis sueños  
pa' que brille su lucidez mientras duermo.

Respirando con agallas me sumerjo,  
siento cerca lo que diviso de lejos,  
atravieso muros cuando yo me elevo,  
y voy más allá de abstracto y de concreto.

El mar va a la montaña, la rodea, la baña,  
en el cielo planeo y de cerquita lo veo,  
despierto en la manigua y millares de aves silban,  
me llamas y estás muerto, me despiertas a tiempo,  
tiempo,  
tiempo,  
tiempo,

Mami, mami, mami,  
vine desde el invierno p'hacerte una visita,  
mi voz la escucho recio, vibrante, muy clarita.  
¡Ay mama!, esto es un sueño que mi alma regocija,  
calienta el sol mis huesos, descalza en la manguita,  
guita,  
guita,  
guita.



## PRIMAVERA 2020

*Luis López*

Llegó la primavera con cara epidémica  
sin alegría  
sin calor humano  
inventariando muerte.

Antes, la distancia social  
era sofisticada  
ahora es evidente.  
La máscara sobre la máscara lo indica.

Antes, todo el mundo se lavaba las manos  
como escondido  
hoy es obligatorio.  
Y nadie se llama Poncio Pilato.  
Y no hay condena. Pobres los coronados crucificados.

La primavera llegó en un día apeestado  
antes de la mañana gloriosa.

*Montreal, 20 de mayo de 2020.*

# LA PRIMERA CUARENTENA

*Dona Wiseman*

En aquellos tiempos de cuarentena, la primera de tantas, algo sucedía con nuestros sueños. En las mañanas, muy temprano, o tal vez no tanto, se mezclaban los eventos oníricos con las sugerencias del día que amanecía.

Esa mañana me soñé en la casa de una mujer. A la fiesta de la noche anterior habían asistido personajes extraños, hombres vestidos de cuero negro portando cadenas y botas militares. La fiesta se puso brava. Desperté esa mañana onírica porque escuché toquidos en la puerta, sonidos lejanos que evidenciaban mi desvelo y que se oyeron en el mundo otro, de vigilia. Mi celular zumbaba al llegar mensajes de texto uno tras otro. En ninguno de los dos mundos respetaban el hecho, que llevaba yo anunciando cuanta vez había podido, de que no me gustó nunca levantarme temprano. Es más, no me gustaba levantarme. A pesar de mí, me levanté a atender la puerta y vi que la mujer, anfitriona de la fiesta, estaba en su sala (o estudio) trabajando calmadamente en algún proyecto artístico, bordando tal vez. Esa sala permanecía sin huella alguna de música, movimiento y alcohol. La mujer parecía haber pasado a la calma sin efectos, o tal vez la fiesta no llegó a esa parte de ese mundo. Pensé en volver a la recámara a dormirme, pero, al pasar por la cocina, me percaté del olor a cerveza, cigarro y orines. La basura, los trastes, los charcos. Era una cocina pequeña que distaba mundos enteros de la paz y la luz tenue de la sala.

Entraba el sol directo. Todo era blanco, metálico, peltre despostillado, común, sucio. Estaba la puerta que daba a un patio abierta y los insectos, moscas en su mayoría, tenían entrada libre. Me tocaba limpiar. Atravesando el patio vi a tres hombres, de esos que habían estado en la fiesta. Vestidos de cuero, con cadenas y botas militares, apenas iban alejándose de la casa. Algo decían entre sí, y yo sospechaba que ratificaban que la tarea de limpiar esa cocina era mía sin remedio.

En ese momento, en un mundo más cercano, dos mujeres conversaban. Mi imaginación, que cruzaba lentamente el puente hacia la vigilia, escuchó que una de ellas le decía a la otra, "Sí, ella sigue dormida. Ya al rato saldrá de su casa." Entre la expectativa de que yo limpiara aquella casa mientras la organizadora de la fiesta bordara en un espacio sin interrupciones, los zumbidos del teléfono, y la opinión pública sobre mis horas de sueño, pasé la frontera y amaneció mi día. Las señoras hablaban de sus perros. Mis perras ya querían levantarse. Y dentro de todos los mensajes iba una invitación muy atractiva, a pesar de lo inoportuno del horario.

En esos días de cuarentena, la primera de tantas, vivimos los sueños sin clara frontera entre lo onírico y la vigilia.-

## PERRO CON ALAS DE PELO

*Alejandro Saravia*

Llevando una camisa gris y corbata roja con franjas blancas, el 11 de marzo el doctor Tedros Adhanom anunció en Ginebra que una pandemia comenzaba a recorrer el mundo. Ese día se registraron exactamente 118.000 enfermos en 114 países. Otras 4.291 personas habían sucumbido ante el nuevo virus. Sin saber nada de esto, ese miércoles por la mañana en Montreal, Bruno Mello empezó el día con un café con leche y tres crepes que Natalia le dejó en la mesa, a las que untó un poco de mermelada de higos. Su perro Pompo le miraba comer fijamente. Hábil hipnotizador, el animal logró que su humano compartiera un bocado que desapareció en un tris. El jueves se enteró que había más de 20.000 casos confirmados de la nueva enfermedad en Europa, donde ya habían muerto unas 1.000 personas. Por teléfono le anunciaron a su compañera Natalia que los estantes comenzaban a vaciarse en los supermercados. Una semana más tarde el papel higiénico se había convertido en un bien más valioso que el petróleo. Aparecieron los acaparadores. En el noticiero por televisión mostraron a una pareja en un estacionamiento de Walmart en los suburbios de Calgary tautando apresuradamente decenas de grandes bolsas de papel de baño en la parte trasera de su camioneta. Ante las cámaras de televisión local el dúo dinámico declaró sin tapujos que creía a pie firme en el libre mercado y que su plan era revender a buen precio ese papel a través del internet. Días

después Natalia le dijo que vio en el supermercado a un fornido guardia de seguridad cuidando la sección del papel higiénico, asegurándose por la fuerza si era necesario, que cada cliente se lleve solamente una bolsa de los preciados rollos de papel. Mientras escuchaba a Natalia, Bruno Mello pensó con alarma que bastaba que falte papel higiénico en las tiendas para remover el barniz de civilidad que cubría los actos de la vida cotidiana. Recordando su infancia, cuando su madre lo llevaba a la panadería del barrio a hornear pan casero, Bruno le dijo a Natalia que ante la situación él haría pan en casa. “No hay harina ni levadura en los supermercados”, le anunció ella lacónicamente. Al observar la resignación en el rostro de la mujer, él sintió que una inmensa amenaza comenzaba a instalarse en el mundo, como una capa de polvo radioactivo cubriendo la mesa de la cocina, los estantes de libros, los muebles del salón, las tazas de café, el control remoto del televisor y cada rincón del departamento, del edificio, de las calles, los supermercados y la ciudad. Si una persona no podía hacer su propio pan, estaban perdidos. El país, el mundo entero estaba condenado al hambre y la muerte. Entonces se fijó en Pompo, que también le observaba echado sobre su pequeña alfombra en la cocina. El perro debía pesar unas setenta libras. Era un cobrador dorado, saludable, carnoso. Mudaba de pelaje dos veces al año, lo cual dejaba el departamento lleno de pelos que flotaban en



el aire pese al constante trabajo de limpiar y pasar la aspiradora por cada habitación. El animal estaba siempre de buen ánimo, salvo cuando llovía y caían truenos. Entonces se convertía en una temblorosa gallina de cuatro patas. “No todo está perdido”, se dijo Bruno mientras miraba a Pompo, pensando que tendría que ser muy cuidadoso para convencer a Natalia de que, en caso extremo, tendrían que comerse al perro.

Fue ella quien sugirió adoptar un perro. Él no pudo negarse porque, al fin y al cabo, quien tenía un número insuficiente de espermatozoides era él. Natalia pudo haberse marchado al saber tal noticia, encontrar un compañero fértil y poder ser madre. Pero optó por quedarse con él. Bruno propuso adoptar un perro salchicha, pequeño y de pelo corto, que daría menos trabajo. Es muy chico, dijo Natalia, y si me tropiezo lo aplasto. Sugirió entonces un Jack Russell, que es un poco más grande, energético y curioso. Ella le dijo que esos perros ladran incesantemente y son conocidos por su tendencia a destruir los muebles. Fue así que él acabó por resignarse a compartir el amor de Natalia con un perro más grande. Una mañana de sábado fueron a un criadero de perros a recoger a Pompo, cachorro de tres meses y dueño de la mirada más inocente del mundo. El perro tenía ya diez años cuando empezó la pandemia.

A principios de abril, ante una posible crisis alimentaria, Natalia compró veinte libras de porotos negros en el supermercado del barrio. Aprendió en YouTube que para cocinarlos debía ponerlos a remojar la noche

anterior. Compró galletas de avena, bolsitas de té, leche en polvo, doce latas de sardinas -cuyo sabor detestaba-, tres bolsas de arroz, seis cajas de tallarines y media docena de frascos de salsa para pastas Classico di Bologna. En la tienda de animales compró dos grandes bolsas de comida para Pompo. Le pareció que con tales reservas podrían capear un par de meses en caso de que las autoridades sanitarias declaren una cuarentena total. También compró en la farmacia guantes de látex, mascarillas, tabletas contra la acidez que a veces la salsa de tomate le causaba, y una buena reserva de paños higiénicos. Secretamente se felicitó por ser tan precavida.

Para el 11 de mayo el temor y la desesperación ante la enfermedad habían invadido todas las regiones del mundo. La pandemia ya no era aquel espectáculo trágico de un nuevo brote del virus del Ébola en pequeñas localidades remotas como Yambuku y Mbandaka, en la República Democrática del Congo, o en países como Guinea, Liberia y Sierra Leona. La satisfacción de sentirse a salvo de una enfermedad mortal como aquella fiebre hemorrágica viral por la gracia de vivir en el confort del primer mundo, con medicinas disponibles, con hospitales bien equipados, con dinero en el banco, se había desvanecido. El nuevo coronavirus tuvo la osadía de dejar la ciudad de Wuhan en China para atrincherarse en los aeropuertos de los países ricos, causando estragos en la población de las antiguas y nuevas potencias coloniales. El sufrimiento y la muerte que el nuevo virus dejaba a su paso ya no era una tragedia solamente africana o china. Roma, Madrid,

París, Berlín, Londres y Washington se hallaban sitiadas por el invisible mal, contando a diario el número creciente de sus muertos.

Natalia siempre había reprochado a Bruno su caótico estilo de comprar la comida. O compraba demasiado, o no lo suficiente. No se fijaba en los precios. Traía a casa víveres que cocinaba siguiendo recetas en YouTube o cocinaba cosas que nadie en su sano juicio se atrevería a comer, como una sopa de riñones de cordero con papas y cebollas. Natalia se quejó de que ese cocido hacía apestar la casa. Tras mucha insistencia, probó la punta de una cucharada, que luego escupió en el lavaplatos, explicando a modo de disculpa que en materia de gastronomía había entre los dos murallas culturales insalvables. En otras ocasiones Bruno había hecho el más sentido elogio y defensa del ají de seso de cordero con habas, o la ubre de res asada a la parrilla, pero ella le repitió que no comería tales cosas aunque le pusieran una pistola en la frente.

Le tomó dos días carnear y adobar la pierna de Pompo. Le quitó buena parte de la grasa con un pequeño cuchillo que afiló meticulosamente para la ocasión. De nuevo vio a su abuela diciéndole en su infancia que ponga atención a la hora de comprar una pierna de cordero. “Asegúrate de que sea una pierna de cordero macho, hijito, porque la carne de la hembra tiene un olor más fuerte”, mientras le escuchaba hablar observaba de nuevo su cabello blanco en una sola trenza, la falda negra hasta la pantorrilla, una ligera chompa también negra, la blusa blanca o

floreada, los zapatos de taco bajo; luego, poco a poco su imagen se desvaneció en la noche. Sería una sorpresa para Natalia. Sin que ella lo vea en plenos preparativos, Bruno esparció un poco de aceite de oliva en la pierna del animal carneado y luego le echó encima su combinación de sal, pimienta negra y paprika ahumada y la dejó reposar en el refrigerador. Al día siguiente sacó la pieza y con un pequeño cuchillo hizo una serie de pequeñas incisiones en la carne ya condimentada donde introdujo dientes de ajo, pimienta entera y pequeños fragmentos de zanahoria. La cubrió con papel de aluminio y la puso al horno, a fuego lento por cinco horas. Aparte hizo cocer brócolis, arroz y preparó una ensalada de cebolla, lechuga y tomate. Mientras colocaba las rebanadas de carne cocida en el plato, observó que Natalia lo miraba con una mezcla de ternura y admiración, lo cual le hizo sentirse bien. Ella probó el primer bocado de aquella carne asada, después cerró los ojos por unos segundos, saboreando, y dijo ¡qué delicia! mientras devoraba otro bocado con entusiasmo. A medida que avanzaba la cena, Bruno sentía que había tomado mucho vino, mientras observaba a su compañera degustando lentamente aquella carne canina. Pensó que ése era el momento adecuado para decírselo. Que también se comían perros en Corea del Sur y en China. Que los cerdos son animales más inteligentes que los perros. Quiso ir al baño. Cuando abrió los ojos vio que eran las cuatro de la mañana. A su lado Natalia roncaba. Se levantó del lecho en silencio para ir a la sala de baño. A los pies de la cama, Pompo lo miró y se levantó para seguirle.

Las calurosas semanas de junio transcurrieron en aquella nueva normalidad de contar el número creciente de enfermos y muertos en el mundo. Bruno le dijo a Natalia que, tal como se presentaban las cosas, había muertos más importantes que otros. Para el sistema, no era lo mismo la muerte de una persona que tenía un ingreso anual de sesenta mil dólares que la de alguien que sobrevivía con dos dólares por día. Un muerto en una favela en Río de Janeiro valía menos que un muerto en Nueva York. Estaba claro que la plutocracia mundial prefería que la gente se muera a causa de la pandemia con tal de salvar "la" economía, que en el fondo era "su" economía. En el primer mundo, el sistema aceleró la transformación de los hogares de la población en oficinas gracias al teletrabajo. Así, los espacios familiares se convirtieron en extensiones de las grandes corporaciones, que ahora podían vigilar a sus empleados en un espacio que hasta entonces había escapado de su control. En los países de la periferia, desprovistos de los recursos necesarios, sin hospitales ni medicamentos ni aparatos médicos adecuados, la pandemia cobraba diariamente miles de vidas mientras sus gobernantes se atrincheraban en el poder, acentuando la represión, y con ellos los contagios. A los países ricos, a las potencias imperiales les convenía más tener una serie de estados fallidos, sin la posibilidad de cuestionar el status quo internacional, mientras se hundían lentamente en el caos.

Tras el pánico inicial entre los consumidores, paulatinamente los supermercados volvieron a llenar sus estantes

con los productos habituales. Desapareció el guardia de seguridad asignado al cuidado de la sección del papel higiénico. La amenaza de una escasez de alimentos había desaparecido. En las granjas de Ontario y Quebec habían muerto varios trabajadores extranjeros temporales, pero los médicos aseguraron a la población que el riesgo de contagio del coronavirus mediante los alimentos era mínimo y que el sistema digestivo era capaz de eliminar esa amenaza sin problemas. Después de todo, la pandemia era una enfermedad del sistema respiratorio. Bruno y Natalia cocinaban por turnos una diversidad de platillos: pollo a la cazadora, salchichas con espárragos, bacalao cocido al vapor, asados de res y de puerco, a veces berenjenas asadas, puré de papas con hígado a la cebolla, albóndigas en salsa con tallarines, y muchas otras recetas, de modo que Bruno acabó resignándose a la ausencia de motivos para carnear al perro. Ya no sería necesario convencer a Natalia sobre la necesidad de sacrificar a Pompo en caso de hambruna, pese a que él ya saboreaba en su imaginación las distintas partes del perro. Cabeza a la olla, ají de panza, tripitas a la brasa, costillas en salsa de barbacoa, sopa de riñones, pierna al horno. Para Bruno, ver a Pompo caminando en el apartamento era como ver todo un menú de distintos platillos, todos deliciosos, que ya no alcanzaría a saborear, lo cual le parecía lamentable. Natalia tampoco había tenido necesidad de poner a remojar los porotos.

A finales de agosto del año en que apareció la pandemia, los médicos no pudieron decirle con precisión a Natalia

dónde fue que Bruno pudo haberse contagiado con el virus. Primero pensó que quizá lo trajo ella a casa tras alguna de sus salidas, ya que él no salía casi nunca. Quizá se infectó al tocar los botones del ascensor después de llevar el contenedor de reciclaje al sótano del edificio de apartamentos. Los exámenes de detección del virus confirmaron que ella era portadora asintomática y que el perro parecía inmune a la enfermedad. El único afectado era Bruno. En un principio pensó que padecía un ataque de alergia. Luego dijo que era un ligero resfrío. Más tarde, a medida que la fiebre empezaba a ganar terreno, aseguró que era un caso de influenza, y en el peor de los casos, que era una pulmonía. En todo ese tiempo Bruno se había negado rotundamente a seguir el consejo de su mujer de hacerse una prueba de detección. Solamente cuando ella amenazó con llamar a una ambulancia para que se lo lleven, él aceptó ir al hospital a hacerse el examen de detección del virus. Cuatro días después llamaron del hospital para informarles que ambos tenían el Covid-19. Ella se quedó sorprendida, ya que no presentaba el menor síntoma. Para entonces Bruno había perdido el sentido del olfato. Ambos volvieron a su apartamento en una ambulancia ante la mirada aterrada de algunos de los inquilinos del edificio. Se fijaron en lo que tenían en la despensa y el refrigerador y vieron que tenían lo suficiente para comer durante dos o tres semanas. Si hay un sentimiento que puede describir aquellos primeros días tras el diagnóstico es el de la impotencia. No había ningún medicamento, ninguna vacuna, nada humano que pudiera contrarrestar el

devastador impacto de la enfermedad. Bruno respiraba cada vez con más dificultad mientras Natalia se maldecía por no mostrar ningún síntoma como para poder empatizar con su compañero mientras le preparaba sopas y jugos de frutas. Con los días, Bruno perdió el apetito. Dijo que los alimentos tenían un gusto a cartón, y que tener la diarrea más larga del mundo era un castigo bíblico. Natalia le dejó el dormitorio entero y se instaló en el sofá del salón. Pompo dormía todas las noches al pie de la cama donde Bruno hacía ruidos desesperados, como si se estuviera ahogando. Dos días más tarde ella tuvo que llamar a una ambulancia porque él ya no podía respirar. Antes de salir del apartamento empujado en una camilla, Bruno pudo acariciar la cabeza de Pompo en gesto de despedida. El perro lo miró y, quizá guiado por el instinto, trató de saltar a su lado para estar junto a él en aquel momento. Natalia pudo contener a Pompo con una mano y con la otra sostuvo por un instante la mano de Bruno, diciendo que le daría alcance en el hospital. Echado en la camilla dentro de la ambulancia, antes de cerrar los ojos, Bruno recordó el momento en que llevaba a Pompo en sus brazos, cuando el perro entró por primera vez al apartamento y a sus vidas. Recordó la mirada del animal, cargada de una inocencia que alcanzaba a perdonar toda la miseria del mundo. Eso fue lo que vio antes de perder el conocimiento. –

# LAGOS

*Hugh Hazelton*

*For Vinicius de Moraes, who wrote his poem "A Última Elegia" in both Portuguese and English, inspiring me to write this one in the four (European) languages of Africa and the Americas.*

Lagos lakes lacs lagos the otherwater not lost na enormidade do mar comme les continents but contenidos por la tierra lakes into which you submerge comme dans les bras de quelqu'un que tu aimes placid clear welcoming bienvenido mi hijo lagos que são de águas doces frescas spread like liquid archipelagos across the earth des milliers de petits lacs en constellation qui couvrent le Québec des lacs à la truite and the shield country camping alone at sunset com o grito estranho do loon and flocks sem fim de aves migrantes procurando comer os insetos da floresta boreal lakes reflecting the sun's light from space in tiny abstract forms or huge deep lagos misteriosos del Norte as frozen and remote as mapas antiguos con terra incognita Great Bear Lake Great Slave Lake Baikal the Siberian lakes within the taiga ou le plus grand lac de tous the Caspian Sea de agua salada un mar dentro de los desiertos de Asia the holy lakes of continents el Lago Titicaca où Inti le dieu soleil created the first couple Manco Capac and Mama Ocllo who rose from the waters para crear la humanidad or phantom lakes como no interior de Australia où le lac Eyre ou le Kati Thanda du peuple Arabana which only fills up once in a decade turns the arid plain into a vast shimmering sheet of water cheia de vegetação luxuosa e verde avec des oiseaux et des marsupiaux partout et même des escargots or the Dead Sea where nothing lives due to upstream pollution now not just the salt et les Grands Lacs les phénomènes de l'Afrique et de l'Amérique du Nord aligned along the endless Rift Valley nine countries and dozens of peoples and the other dug out by the continental glaciers that filled it with their water as they vanished northward Lake Victoria et le lac Kivu où j'ai presque été noyé par les grandes vagues qui faisaient ricochet contre les falaises et Jean mon ami congolais m'a sauvé la vie os lagos africanos sobretudo com milhares de espécies de peixes e os lagos norteamericanos com menos peixes from pollution and overfishing but Superior still less touched and Huron with the Anishinaabe Manitoulin the world's largest island in a lake and that has a lake with an island within it and Michigan where I was a fish myself beneath the looming dunes of my childhood all miraculously flowing out one into the other forming a single gigantic river that swirls up and down and up et finalement se transforme en fleuve pour couler autour de l'île de Montréal toucher la mer à Québec et remplir le golfe du St-Laurent lakes of hard rock or soft sand bottoms lakes of the wind ruffling a quiet surface or of waves twenty feet tall lagos siempre secándose como el Lago Chad joining the other desert lake beds of the Sahara lagos antigamente cheios de canoas e barcos de pesca and sailing ships and steamers with the lakeboat freighters still running beyond the horizon but with the ghost of the last sailor el fantasma del último marinero crossing the Aral Sea

# COVID19 CUARENTENA 2020

*Roberto Perezdiaz*

Hoy, 8 de abril, cumplo 93 días encerrado, un récord de larga duración, un LP, de hace muchos años. Empecé este encerramiento involuntariamente metiendo la pata el 5 de febrero del presente que auguraba ser el mejor de la vida, claro, la mía, me gustan los pares más que los impares. El 2019 fue uno de transiciones severas, un maremoto excesivo aún para mí, hijo de padres campesinos acostumbrado desde chico a la vida errante de ir de pizca en pizca.

Sin embargo, en esta eternidad de noventa y tres días, este día amaneció con una obsesión rara hasta cierto punto inexplicable e irracional para un chicano congelado en el infierno. Sin duda en cierta parte se debe a la serie de películas argentinas que hemos visto estos días. Inexplicable. La yerba mate que desde aquel día que por primera vez leí Rayuela en la Ciudad de México. En esos días todavía teníamos discos LP y México no tenía metro. Pasaron años, digo, décadas, hasta que conocí y supe que Claudia era, como yo, de cultura híbrida argentina americana. Licenciada en leyes era una de las abogadas defensoras de oficio del tribunal federal del Distrito de El Paso, Texas. Entre audiencias, platicamos ese día cuando se acabaron las audiencias de la mañana, me dijo que regresaba a su oficina para tomarse su mate.

— Mate, en tu oficina, invítame, quiero ver cómo lo haces. Tuve que aprovechar la ocasión. Además, Claudia era una mujer guapísima y agradable. No sabes cuántas ganas y tantos años tengo de querer saber a qué sabe.

— Vení. Tengo yerba y te cebo una taza para vos.

La seguí como niño anticipando un juguete. Nada de guaje. Nada de bombilla. Yo esperaba, como se decía en el argot popular de esos tiempos, the whole enchilada. Nada de eso. Estoy muy agringada para todo ese rito. Como chicano hubiera dicho, todo ese jale. Midió dos cucharadas fuertes en un filtro de coño (nos reímos) seguido por agua caliente. La primera para mí. Quería el sabor puro. Ella, del mismo modo se hizo la suya; le añadió leche del clavel y buenas cucharadas de azúcar. Confieso, estaba un poco decepcionado. Pero ella como nosotros, acaso hay tal cosa, no somos de culturas puras, sino adaptados a la realidad social de vivir en las entrañas de un país ajeno y enajenante. Durante las siguientes décadas cebo mi taza de yerba mate de la misma manera con coño y todo. Hasta la fecha.

¡Que viva la cuarentena!

Desde muy chico me arrimaban unas palizas por inquieto, ocurrente y travieso. Estas tres cualidades, confieso, aún llevo aunque por el amor a la lingüística aquéllas se manifiestan en neologismos muy sui generis que utilizo para atormentar a mis alumnos de interpretación literaria. Se las aprenden, or else (una amenaza gringa).

Se me ocurrió esta mañana, así como caída de la nube, cebar mi mate en la perulera pequeña de cuatro tazas. Efectivamente, tres cucharadas fuertes, un pizco de canela,

encender y voilá, sabrosa taza de mate. A Claudia encerrada en un lugar de la Mancha cerca de Arlington-Dallas-Fort Worth Texas le dediqué el siguiente poema:

Claudia mía  
de las pampas bellas  
sigues indeleble  
cebando mate,  
sigo saboreándote  
con cada sorbo.

¿Te acuerdas?

Yo, oyes ese yo tuyo  
como lo oía  
yo, dudaba.  
Me convenciste a que te  
probara.  
Desconocía el placer de tu bombilla.  
Es cierto es mejor sin filtro,  
así nació el amor  
al mate  
tuyo  
insaciable.

Lo de hoy no es lo mismo de ayer. Cuando me di el lujo ayer de leer y leer con pocas entradas en el cuaderno que mantengo desde el día noveno de mi confinamiento. Los primeros ocho días sufría un dolor intenso que no me permitía ni leer aunque tenía cinco novelas que me trajo mi prieta linda al hospital esperando las caricias de mis ojos.

Anteayer, después del golpe de perder dos días anteriores enteros de texto en la computadora llegando al primer borrador del guión entero de una novela que tiene ya muchos años en veremos. Pero después de muchas horas en los escombros cibernéticos

logré reconstruir todo lo perdido. Terminé el bosquejo completo. ¡Ah! Entiendo, por algo tuve que meter la pata el cinco de febrero que me llevó en ambulancia con el fémur fracturado de la pierna derecha, cinco pulgadas más corta y el pie asomándose los noventa grados a la derecha. Así como de niño solo la paliza corregía los excesos de mis travesuras. Algo, algo fatal en mi carácter me atestó esta suerte para acabar la novela antes que el COVID 19 acabara conmigo.

Aparte he tenido amplia oportunidad de reflexionar qué gran pecado he cometido que me ha relegado llegar hasta el último nivel del infierno de Dante. Los traidores merecen estar aquí; cómo será posible que también cuentan los amores olvidados. Los casi treinta años en El Paso Texas, ningún paraíso tampoco, desierto de Chihuahua altiplanicie seco, árido y remoto eran suficiente para haber purgado pecados pesados, pensaba. Después de El Paso anhelaba regresar a Montreal jurándome a mí mismo, portarme bien, reprimir lo inquieto, suprimir lo ocurrente y abandonar la tentación de las mujeres ajenas y todas las travesuras. Esto lo más difícil de todo. También estaba en la lista nuestra querida Ciudad de México. Tengo, disque, buenos amigos que en la cara me han dicho que a pesar de la supuesta amistad, a El

Paso, no más, no. Ahora, donde me encuentro, menos; Phoenix, Arizona, históricamente, árida zona, peor tantito. Obligado por la condena del virus al revisar mis pecados campo fértil para futuras obras literarias, resignado acepto mi suerte.

Sin embargo, y sin repasar las inquietudes cotidianas que tengo documentadas con pluma fuente, un fetiche

propio, confieso, puedo presentar en Microsoft Spread Sheet los cuadritos de 4x4 pulgadas en cada rollo de papel higiénico (eufemismo de los idiomas latinos) o, TP. Indispensable para economizar el uso ante la inexplicable escasez.

El rito, un fetiche propio, de la rotación indicada de las plumas fuentes para las entradas en el cuaderno cotidiano es otro ensayo para otro día. Las canciones repetidas sin nunca memorizarlas pues no hay prisa. Lo que más hemos perdido, gracias a Dios, es precisamente la prisa.

PD: Hoy al enviar esta narrativa, es: Day 135, en el cuaderno. Aprovechando para mejorar el inglés y, siendo zurdo, escribir con la mano derecha. Estoy en los últimos capítulos de la novela y el primer borrador completo. –



## FIRST YEAR OF PANDEMIC

*David Hoyos García*

Sitting on the sofa, covered by a zarape.  
Next to a book,  
a book that has everything to say,  
nothing to shut up.  
My dubious hand that writes on it,  
And I don't know what she writes.

Slow time,  
my slow breathing too  
[not synonymous with serenity].  
Fading away,  
I feel only my body,  
my hamstrings on the sofa,  
invaded by uncertainty,  
denying my present,  
de-nying me.

Slow time,  
the will of stillness,  
the tedium of stillness,  
the tedium of the repeated days.  
I always wake up on the same day.  
I always sleep on the same night.  
I don't remember my dreams.



# LA AMISTAD: ESCRITURAS-DIÁLOGO

## L'AMITIÉ PANDÉMIQUE

*Sara Cohen - Louise Desjardins*

Chère Sara, ma précieuse amie. J'ai entendu parler de pandémie la première fois quand ma mère m'a raconté qu'à l'âge de sept ans, elle avait été victime de la grippe espagnole dans son petit village du Témiscamingue. J'ai perdu tous mes cheveux, disait-elle, c'est pour ça que je n'en ai plus beaucoup aujourd'hui. C'est le seul détail que j'ai retenu. Elle ne disait pas pandémie parce que son monde était restreint à sa dizaine de frères et sœurs. Ont-ils tous attrapé cette grippe? Comment le virus est-il parvenu dans son village isolé d'à peine huit cents habitants? Je lis dans un article du National Geographic daté du mois de janvier 2019 qu'on ne sait pas encore de façon certaine d'où a émergé le virus de la grippe espagnole. Certains disent du Kansas, d'autres de pays en guerre en Europe, mais pas de l'Espagne dont elle tient son nom. J'apprends que la grippe de ma mère est arrivée par bateau, bien accrochée aux soldats qui revenaient dans son petit village. Les virus aiment voyager.

*Sí, amiga mía, a los virus les gusta viajar, habitar nuestros cuerpos, reproducirse, y acceder a otros cuerpos. En el Sur ya anuncian el aumento de la curva de los contagios. Ogres, las hojas caen de los árboles, y veo figuras furtivas con barbijos por las calles. Nunca me hubiese imaginado el vivir este otoño inmersa en esta pasividad confinada. Me acuerdo que hace seis meses viví el otoño del Norte y caminamos y conversamos juntas, libres por las*

*calles de Trois-Rivières y de Montréal. En fin... Ahora tomé el hábito de dormir muchas horas y de expandirme en los sueños. Ellos me resultan reveladores y me sirven de brújula. En sueños todo puede ocurrir, y es vivencial. Cuando despierto añoro la acción, la sonrisa, el apretón de manos, el beso, y las conversaciones despreocupadas en los bares. Debo decirte que odio la virtualidad. Me gusta la presencia de los cuerpos y vivir la espacialidad de la ciudad. Este error del mundo me tiene a maltraer.*

Tu as raison, Sara, les virus mènent des vies sournoises et difficiles à comprendre. La maison devient prison, une assignation à résidence. On se méfie du voisin qui passe dans la ruelle, des chats errants. Les virus sont exponentiels et têtus, mais on nous dit qu'ils vont courber l'échine, que ça va bien aller. Après la pluie, le beau temps. La formule mathématique de la catastrophe devrait me rassurer. Mais non, Camus a écrit dans le dernier paragraphe de La Peste «que le bacille de la peste ne meurt ni ne disparaît jamais». Il n'y aura plus de beau temps. Entre trois heures et cinq heures du matin, les virus de la grippe espagnole et de la peste se transforment en roulettes russes qui s'immiscent subrepticement dans mon oreiller. Vais-je respirer demain matin? Vais-je mourir cette nuit? Ai-je bien tout désinfecté? Je suis pourtant à un âge où je devrais me calmer, me dire que la vie continue même si le temps

rétrécit. J'essaie de lire des romans, mais les histoires naviguent à la surface de la peur. La grippe espagnole a duré à peu près un an sur deux vagues. S'est-elle rendue en Argentine?

*El tiempo de la gripe española era otro, muchos morían por infecciones bacterianas sobreagregadas. Yo no tuve a quién preguntarle... pero sé que tuvo dos oleadas, en 1918 y en 1919, y por supuesto también en la Argentina. Yo vivo la extrañeza de la primera vez : esto no se parece a ninguna vivencia previa – cosa que también depara interés, curiosidad y asombro-. No vislumbro por ahora la salida y tampoco imagino el porvenir, sin embargo, así y todo, experimento momentos de felicidad, aun sabiendo que deberemos acarrear algunas dolencias.*

Tu sais, j'aimerais bien aller au nord d'où je viens pour voir l'horizon se déployer en permanence au bout de mon lac d'enfance. Toucher le tronc pelucheux des vieux cèdres que j'ai vus grandir et qui ont résisté aux pires tornades, me nourrir de leur force. Aller plus loin que le petit balcon où je prends des bouffées d'air, d'où je reçois à distance mes petits-enfants et mes enfants. Plus rien n'est privé, les voisins entendent ce que l'on dit, des détails de nos vies, nos malaises, les commandes d'épicerie qui arrivent en retard. Je regarde la grande table de la salle à manger, trop petite désormais pour qu'on puisse s'y réunir avec la distance exigée. Toute cette vaisselle qui ne sert plus. J'aime ajouter «pour l'instant», mais je ne me fais pas d'illusion. Le temps est aboli, on dirait. Je me confine dans l'été montréalais à des milliers de kilomètres de Buenos Aires qui glisse dans l'hiver.

*Yo intento restablecer alguna continuidad en lo que es pura discontinuidad. No me llevo bien con lo que veo. Los ojos incómodos en sus órbitas pierden la visión del horizonte. Los días, que se inician después de haber extendido las noches en un sueño prolongado, son los que más me gustan, el dormir y el sueño restablecen mi universo desquiciado de la cuarentena, me revelan mis inquietudes cuando se acalló la conciencia, ésa que todo quiere dominar con razonamientos. Lo cierto es que quedo enfrentada a mi finitud...*

Malgré tout, Sara, je vois par moments de bons côtés à cet électrochoc de l'infiniment petit. Les avions laissent mon ciel tranquille, les rues sont moins achalandées, le silence devient accessible au cri des grillons. Allons-nous tout oublier encore une fois, surconsommer, détruire l'environnement, privilégier le pouvoir de la richesse? Je ne me fais pas d'illusion, mais j'espère de tout mon coeur que la roue ne se remettra pas en marche dans les ornières, que ces journées de confinement passées à lire, à écrire, à réfléchir, à faire pousser des fleurs serviront à quelque chose. Qu'on aura appris la cruauté de la société. Qu'on aura vu l'importance des prétendus petits métiers.

*Yo vacilo entre el temor que invade nuestro cotidiano y la percepción de la belleza. Escucho canciones y bailo. Me asomo para mirar hacia afuera y festejo el día de sol. También escucho los anuncios de las muertes diarias. Nada de lo que sé me alcanza para entender lo que hoy sucede.*

*Eso que ignoramos, de tanto en tanto, me quita horas de sueño. En esos días en los que amanezco temprano, expulsada por los sueños nocturnos,*

*observo el lento despertar de la actividad coartada por un confinamiento obligatorio. Aun así, es bello estar cuando algo comienza, siempre depara esperanza. A lo largo del día intento enriquecer interiores frente a la evidencia de la pobreza exterior. Nos han corrido de las calles y vivimos con extrañeza las pisadas por las veredas. Pienso, querida amiga, que saldremos malheridas de este túnel. Nadie atraviesa la suspensión prolongada de un espacio público, sin la alegría de los cuerpos que se cruzan, sonríen y protestan, sin un dolor que hiera.*

Je crois aussi qu'il y aura des séquelles. Nous disions la lumière au bout du tunnel, mais le tunnel lui-même a disparu et, malgré tout, on espère que la lumière se pointe dans un ailleurs inconnu, plus humain. En vieillissant, je m'habitue à tout ce qui fléchit, mémoire, énergie, ouïe, vue, motricité. C'est peut-être pour ça que les vieux ont succombé en plus grand nombre, déjà installés qu'ils étaient, certains depuis longtemps, dans leur foyer d'accueil. Ils savaient l'inéluctable fin. Les petites choses sans importance deviennent précieuses. Une fleur qui pousse, le sourire de mes petites-filles, le goût des fraises du Québec (semblable à celui de ces frutillas juteuses que je découvrais partout dans ta ville en octobre 2013), le soleil qui joue dans les feuilles de l'érable. Ici, nous entrons dans l'été, la saison qui nous rend fous d'espoir. Un peu trop fous, en danger d'oublier que l'automne amènera sa deuxième vague. Est-ce qu'on s'y noiera? À Buenos Aires, l'hiver est tout près avec sa lumière qui faiblit. Le mot peut-être prend tout son sens, nous rattrape au laser, droit au cœur de notre amitié.—

## MILAGROS...

*Pablo Urbanyi*

Gira la tierra desde hace millones de años, se pone el sol, oscurece, llega la noche, cantan los grillos, croan las ranas, y es un milagro...

La tierra sigue girando, amanece, sale el sol, primero rojo, luego amarillo, cantan los pajaritos, y es un milagro...

Cada día la lluvia repiquetea sobre las grandes hojas de los bananos, sobre las pequeñas del ombú, escuchamos un hermoso concierto de contrapuntos, y es un milagro...

Cada día, en alguna parte de la tierra, cae la nieve, cubre la tierra con un edredón blanco, apaga todo los ruidos, y es un milagro...

Vamos, en realidad, aunque se sumen y se cuenten todos los días de la vida del universo, no hay tantos milagros, el milagro es uno solo, que yo esté vivo para poder contarlo y vos para poder leerlo.

# CONFINAMIENTO

*Julio Torres Recinos*

He limpiado la casa  
como nunca lo he hecho;  
ha quedado limpia, pulcra  
al punto de que nadie le puede  
encontrar nada que criticarle  
a mi trabajo, y me pongo a limpiarla  
otra vez, a inventar suciedad  
donde no la hay,  
a ver dónde quedó una  
partícula de polvo  
que busco con un microscopio  
que me invento porque no tengo  
ni sé usar porque no tengo que saber hacerlo.  
Después de que termine la tarea  
de limpiar toda la casa  
por dentro y por fuera  
y de que quede impecable  
la volveré a limpiar  
por fuera y por dentro  
por arriba y por abajo  
al derecho y al revés,  
a lavar por atrás  
y por enfrente  
porque es lo lógico en estos días.  
Luego hornearé mi pan favorito,  
el que me hace recordar mi pueblo  
y la señora que lo pasaba vendiendo,  
receta que ya he perfeccionado muchas veces  
pero que insisto en seguirla perfeccionando,  
hasta que el pan consigue el mejor sabor,  
hasta que consigue el mejor olor,  
hasta que consigue la mejor textura;  
entonces, cuando ya no se puede mejorar nada,  
cuando ya es imposible más perfección,  
cuando ya todo ha quedado en su punto ideal,  
vuelvo a mejorar la receta, a empujar los límites de la harina,  
los límites de todos los ingredientes, de todos los colores,  
de todos los sabores y olores, hasta que algo falla,  
la levadura falla, el pan se quedó demasiado tiempo en el horno,  
tal vez le puse demasiados huevos o mantequilla  
y el pan no sirve, se arruina, no se puede comer,  
y comienzo entonces otra vez el proceso  
a ver si esta vez sale bien.

# TRES MICRORRELATOS

*Juan Mildenberger*

## LABERINTO

Ella buscaba la salida, al principio con entusiasmo y después de unos días con desesperación, como suele suceder cada vez que alguien entra en un laberinto. Todos sabemos que la mejor salida de un laberinto es por arriba. Pero hay laberintos con techos. Pasaban los días, claros, oscuros, días y noches. Al principio la nostalgia por estar afuera hacía imposible pensar que en unas semanas, en unos meses, en unos años, el exterior podía volverse insignificante. Los laberintos tienen una extraña fascinación. Nos hacen entrar en ellos, buscar la salida y encontrarla. Aunque este laberinto con techo parecía no tener salida, por lo que durante meses ella había desistido de buscarla. Además, cada vez que creyó que volvería a intentarlo, la misma pregunta de siempre le sugería desistir: “¿Para qué?”

## LA INTEMPERIE

La peste se había metido en las casas. El que se quedaba adentro se moría, tarde o temprano se moría. La única salvación parecía estar a la intemperie, lejos de puertas, ventanas y techos. El mundo pareció enloquecer. O enloqueció. O enloquecería. Nunca quedó muy claro, sobre todo si tenemos en cuenta los tiempos previos a la peste. Todas las casas del mundo vacías. Toda la gente afuera, excepto los que no tuvieron tiempo de salir o no creyeron que salir hubiera podido salvarlos. Esos quedaron adentro para siempre.

La gente podía trabajar y estudiar, y seguir con todas sus actividades, sin barbijos ni alcohol en gel, ni nada de nada. Pero afuera. Los políticos ordenaron cerrar bien las

puertas, para que la peste no se escapara. Alguno insinuó que había que firmar un decreto para eliminar la peste. Hasta lo intentaron. Pero no funcionó. Nada sorprendente. Cosas de políticos. Ya pasaron diez meses desde las primeras muertes. La gente sigue afuera. La peste adentro. Y algunos, unos cuantos, se están encariñando con la idea de seguir así. Para siempre.

## LA VIGILANCIA

El temor a salir era tal que las cámaras de seguridad en las calles habían perdido toda utilidad. Hasta los perros robots de Singapur no tenían a quién asustar con eso de la distancia social. Dos metros. Un metro noventa y ocho estaba permitido. Dos metros con cinco centímetros era una exageración de distancia. Esas cosas arbitrarias que pasan en las pandemias. Los perros robots se miraban como preguntándose a quién dar órdenes. Algo así como lo que sucede con gerentes, primeros ministros y presidentes fracasados. Las cámaras de seguridad mostraban la ausencia de gente. Las cámaras de los perros robots mostraban solamente otros perros robots, que a su vez mostraban a otros perros robots. Lo único que se movían eran los perros robots. Y eso en Singapur, porque los otros países carecían de semejantes bichos. Ni siquiera viento había, como si el viento hubiera temido ser responsable de diseminar el virus. Y así el mundo cambió para siempre. Ya no hay viento, ni gente, ni nada que se mueva fuera de las casas y edificios. Ya no hay electricidad, el agua potable es escasa. La humanidad se está extinguiendo por un virus que parecía casi inofensivo. En realidad lo era. Casi inofensivo. Casi. –

# TWO POEMS

*Lida Nosrati*

1

forgive my willful blindness to faith  
and all that it entails  
its jargon  
its grandiose architecture  
i don't know what exact passage of the Book was chanted  
what incense burned  
which candles lit  
not even the order of the day

i only saw you walk up the stairs  
in perfect trust of your pain  
held in thoughts and prayers, proverbially anyway  
you made it to the altar  
your arms stretched high up in the air  
pleading to the heavens  
or its embellished replica on the ceiling

a child, one of us thought  
a daf, another said  
a wish, one of us knew

outside, the sun, unproud and autumnal  
the city ravens in full flight

2

After Mathew Dickman's Grief

when grief comes to you as a thread of palo  
santo at the southernmost corner of the bar  
where you had your first dark and stormy,  
make room for it. offer it one of the yet  
empty three seats at the table. be happy that  
you met in person at last or least, that you  
surrendered, or allowed, as some of us prefer  
to say, that you were moved but not inspired.

you said you wanted your description of loss  
or anything to be precise but will start with  
the accessible. that you wanted to have  
dreams, actual and not metaphoric.

that said, you walked again and let the rain-  
eared book on the curb-side tell (it opened to  
the page on the myth of Eurydice and  
Orpheus). a couple houses down a fallen  
statue of Orpheus on the front lawn of a  
house under renovation (true story).

you sealed the night walking past the ghost of  
another bar (now up for lease) and watched  
the year turn.

# NARRACIONES BREVES

*Jorge Carrigan*

## RESPE TO

Aquella nariz reconoció que todas las narices son iguales. El ojo reconoció al ojo; las manos a otras manos y la garganta admitió que todas las gargantas son iguales. Pero el cerebro, sin embargo, no deja de pensar que los demás cerebros son tan tontos.

## REPOSO

Aquí, junto a mis huesos, en este cementerio, alineados como en ningún otro lugar, descansan los huesos de todos los que alguna vez creyeron, como yo, que el mundo dejaría de girar cuando faltáramos.

## RETRASO

Entramos a la habitación y al encender la luz todo era desorden. Llegamos tarde. El amor estaba hecho.

## RETRATO

¡Flash! El mundo es borroso detrás de nuestros cuerpos... ¡Flash! Aquí estamos trajeados, sonrientes... ¡Flash! Somos el paisaje; la razón de existir de cámara y fotógrafo... ¡Flash! Todo esto dejaremos como herencia.

## REMANSO

Ve o el río que corre y me pongo a pensar que nada hay más hermoso. No hablo de odiar al lago o de temerle al mar. Hablo del amor que despierta en mí el río porque corre... corre...



# JE N'AI PAS CONNU LA MER SOUS ANTICOSTI

*Laure Morali*

Je n'ai pas connu la mer  
sous Anticosti  
à l'ombre de l'île Mingan  
cabanes en équilibre  
sur les roches bombées

nous tirions des rideaux légers au soleil de trois heures  
regardions les loups marins sortir la tête des vagues  
leur dos lisse humecté on aurait dit ces pierres  
ramassées dans le lit de la rivière  
pour la cérémonie du soir

je buvais le thé noir en sachet qu'aiment les vieux  
pour l'avoir tant de fois échangé aux comptoirs  
de la Baie d'Hudson contre la fourrure  
d'un renard argenté

les mûres des marais  
un pain chaud craquelé dans le sable  
sous le feu je n'ai pas connu  
la mer dans les mains des vieilles femmes  
qui ramassent les œufs  
des moyaks sur les îles à la fin de l'été

sorties de la forêt comme d'un nid  
la mer avec elles c'était ce voyage  
qu'il fallait entreprendre  
à travers Nutshimit  
elles m'ont appris le nom de la mer  
Shipeku la couleur verte



sur la savane aux feuilles veloutées  
le soir une grand-mère foulard plus rouge que le soleil  
me demandait de faire dos à la mer avec elle frêle  
du haut de ses cent ans face au nord nous appelions  
la baleine, bercions l'esprit de l'eau

je n'ai pas reconnu la mer dans ses yeux  
j'ai vu la vie s'élargir  
jusqu'aux rebords  
du monde

le golfe du Saint-Laurent  
la taïga mes mains pleines  
de thé du Labrador  
enivrée par le son de grands  
mammifères marins

les aurores boréales épongeaient  
les fièvres de mes fugues  
dans la Voie  
lactée de l'enfance

autour de l'étoile Polaire  
comme les Ourses  
retournée

Mingan  
une petite île  
et des amis anciens

j'étais là  
sans raison  
comme la mer.

# QUATRE POÈMES

*Flavia García*

encontrar en el silencio  
alguna palabra  
que lo justifique  
encontrar en la luz  
un destello  
de lo improbable  
la noche me impone  
sus acentos  
y sigo aquí  
despierta  
en la herida  
que atraviesa el aire  
ahora  
intento volver  
por ojo de lagua  
al centro  
de mi misma

après-midi après la pluie  
corolles prises de vitesse  
arrière plan la lumière  
en gouttelettes  
transparentes  
la joie  
une abeille  
me foudroie du regard

le doux crépitement  
de la nuit  
dans mes paupières  
sur les traces  
de moi  
la poussière retombe  
légère  
un souffle à peine  
les pas perdus  
une voix me cherche  
si je meurs  
je me tiens droite  
comme un fleuve  
à l'instant de sa naissance

la nuit se verse en moi  
se donne à boire  
des contrastes  
en nuances de gris  
il est encore trop tôt  
pour cerner  
la lumière  
une rougeur  
perce le jour  
le « je » perd pied

# IMAGINANDO LA POST-PANDEMIA: ELUDIENDO EL DESTINO

*Sergio Martínez*

Proyectar nuestros pensamientos hacia el futuro es una tarea complicada: las tentaciones son muchas, un típico ejemplo es el exceso de confianza en lo que ese futuro traerá consigo. En ese excelente film *Cabaret* de 1972, dirigido por Bob Fosse, una de las escenas más electrizantes es aquella en que un joven nazi, en medio de un parque, entona lo que empieza como un solitario himno y que termina con la mayoría de los asistentes entusiastamente uniéndose al coro: “Tomorrow belongs to me”. Todo un optimista panegírico del entonces naciente Reich de los Mil Años, que por fortuna, no duró tanto. Sin embargo, la letra y el tono de la canción irradian una gran seguridad de su permanencia y de que el futuro efectivamente pertenecería a aquellos jovencitos arios. No es de sorprender que, a excepción de un viejo que escucha el himno con indisimulada molestia, el resto de los presentes se sienta atraído por el mensaje y la fe en el porvenir que la canción promete.

En otro contexto y con muy distinto signo, en un momento de distensión en plena Guerra Fría, en el verano de 1959, tiene lugar en el Parque Sokolniki de Moscú, la *American National Exhibition*. La exposición lleva a Moscú una muestra representativa de la sociedad de consumo estadounidense con el evidente propósito de causar una buena impresión entre los anfitriones. El que no parece mayormente impresionado, es el entonces Primer Ministro soviético Nikita Jruschov (o Khrushchev, si uno prefiere la transcripción desde el ruso). Apoyado principalmente en los entonces avances de la tecnología espacial de la URSS, el líder

soviético, hablando para la prensa norteamericana, anticipa, confiado, que pronto la Unión Soviética no sólo daría alcance a Estados Unidos, sino que lo superaría y entonces—recurriendo a una pocas palabras en inglés, haciendo un gesto de despedida y sonriendo irónicamente—añade que su país diría “bye, bye” a un Estados Unidos dejado atrás.

Si caer en el optimismo desenfrenado a propósito del futuro es fácil, también lo es el camino en la otra dirección. Las visiones de un futuro apocalíptico abundan en la literatura y en el cine: los efectos de una devastadora guerra nuclear acompañan mucho la narrativa de los años de la Guerra Fría. Eso, mezclado a veces también con las amenazas de una invasión extraterrestre, por cierto (no olvidar, toda esa serie de producciones hollywoodenses centradas en las amenazas de Marte, después de todo, “el planeta rojo”). Pasado ese período, las posibilidades de sobrevivencia después de un desastre ecológico ocupa gran parte de los años recientes, combinadas muchas veces con la malevolencia de autócratas que valiéndose de la tecnología crean una sociedad distópica. El film *Blade Runner* dirigido por Ridley Scott y su secuela por Denis Villeneuve, ilustran este enfoque. Eso, hasta antes del COVID-19 claro está.

Pensar el futuro invita, pues, a una ambivalente predisposición: optimismo y fe, o pesimismo y miedo. Sólo cuando el futuro ya no es más y se ha convertido en pasado llegamos a conocerlo pero claro, como dice el

filósofo y escritor argentino José Pablo Feinmann, “la Historia es incertidumbre”.

¿Cómo este desastre influirá en la poesía o la narrativa, sea esta literaria, cinematográfica o de otro género? A diferencia de situaciones críticas producidas y mantenidas por el accionar humano: una potencial guerra nuclear, la muy real represión de las dictaduras militares latinoamericanas y de otros lados, o incluso el cambio climático—todas ellas valiosas fuentes de creatividad artística—la presente pandemia es producto de un evento que, una vez surgido, escapa al control humano. Eso independientemente de que, en su origen, el virus se haya expandido por una acción humana: el consumo de carne de ciertos animales salvajes (o, si se prefiere, cualquiera de las muchas teorías conspirativas que circulan).

Desconectada de un artífice humano, la pandemia entonces se asemeja más a los insondables misterios del destino en la literatura clásica griega. Quizás la narrativa de la post-pandemia será una en que sea la diosa Moira, personificación del Destino—ahora como real protagonista moviendo los hilos detrás de los personajes—la que mejor refleje los efectos y vivencias de quienes han de sobrevivir a la pandemia. Tal como en la tragedia de Sófocles, la fatalidad lleva a Edipo a cumplir cada uno de los pasos que el Destino—cruel e indiferente a toda forma de empatía—le ha fijado hasta llevarlo a su destrucción. Es probable entonces que la literatura, el cine, la ópera, se centren en esa noción en este nuevo período. Interrogantes como por qué el COVID-19 se lleva a los viejos, supuestos depositarios de la sabiduría de la comunidad, o por qué castiga en especial

a los más pobres y, en fin, la arbitrariedad del flagelo mismo, están ya ahí, para ser abordados en la narrativa de la post-pandemia. ¿Es todo eso ya parte de un designio fatal?

Por cierto, no será solamente tarea de la literatura, el cine o la música el dar las respuestas a esas preguntas. Eso será principalmente una labor para quienes sobrevivan la pandemia y examinen—del mismo modo que lo hicieron los protagonistas de las tragedias griegas—cómo eludir a ese destino que nos amenaza con una inquietante incertidumbre cuando no, quizás, con una lenta extinción. Y aquí sí estará el rol humanista de la creación artística: a pesar de todas las circunstancias en contra, habrá que cantar, reseñar o representar esa porfiada voluntad de eludir a la diosa Moira, sin pensar que ello pueda ser una futilidad.

“Hay que reorganizarlo todo...” dice Juan Salvo, *El Eternauta*, en la segunda parte y última aventura del viajero del tiempo que alcanzó a escribir Héctor Germán Oesterheld en 1976. (El creador del más famoso personaje de la historieta de ciencia-ficción de Argentina; fue secuestrado en 1977 y junto a sus hijas pasó a ser uno de los tantos detenidos-desaparecidos durante la dictadura militar). *El Eternauta* hace ese llamado justo después de una apocalíptica amenaza que lo golpea a él mismo muy cercanamente y que devasta a gran parte de la humanidad. Transcurrida la catástrofe, los sobrevivientes se dan a la tarea de empezar de nuevo. Eso sí, tendrá que ser de una manera muy diferente. Nosotros, después de la pandemia, también—al menos eso esperamos y queremos— y la narrativa asimismo retratará ese nuevo esfuerzo por torcer la voluntad del Destino: la diosa Moira no se saldrá con la suya.—

## MINUTO 93

*Jurgen Jiménez*

*A Giovanni y mis compañeros del Phoenix*

Ya no tenía los mismos reflejos ni la capacidad de moverme como en mi juventud, eso era bastante más que evidente. Así que gustaba mis días viendo a los chicos, mis alumnos, jugar a la pelota, como muchos años antes lo hiciera yo con mis propios amigos, en un patio como éste, en mi ciudad natal.

En el parque donde solíamos jugar, era bastante común escuchar de boca de los muchachos del barrio, o del colegio, frases que podían ser retadoras, inspiradoras o comprometedoras. Y una de las frases favoritas, o tal vez más temidas, era esa que se escuchaba justo cuando sabíamos que era hora de volver a clase, o a casa. “El último gol gana” y entonces todo se ponía más serio. Sin importar si el marcador favorecía ampliamente a uno u otro, era entonces cuando realmente empezaba el partido. Se jugaba el honor, la victoria, el derecho de fanfarronear...al menos hasta el siguiente encuentro.

Ese día específico tenía, sin embargo, una diferencia fundamental con millares de partidos anteriores: era el regreso a los salones de clases, después de meses enteros de confinamiento y de alejamiento de este espacio de socialización conocido como escuela. Y en este punto de reunión de diferentes grupos sociales, era muy palpable el ambiente de incertidumbre, habida cuenta las nuevas medidas que habían transformado, físicamente, el salón de clases y los demás lugares dentro del complejo que constituía nuestra institución educativa.

Yo, como profesor de historia, no tenía mucho que ver con el entrenamiento

físico de estos muchachos pero mis días de jugador amateur me habían enseñado a ver cómo muchos de ellos miraban con algo de interés la cancha y se preparaban para salir a la hora de descanso como una exhalación para pelearle la cancha a cualquiera que intentara ganarles el puesto. Y así fue, justo al sonar la campana los sospechosos de siempre saltaron como grillos, tratando de ganarle la carrera a otros grupos como ellos. Mientras terminaban de salir, yo terminé de empacar mis cosas, esperando a que todos salieran antes de salir tras ellos, parte de las nuevas medidas adoptadas como resultado del evento cataclísmico que nos había transformado. Tal vez en otra época habría sido más complejo, pero ahora, cuando casi todos tenían teléfonos inteligentes, era más bien continuar su día a día y tal vez la transformación más compleja era para nosotros, los que ya no éramos jóvenes.

Cuando yo llegué, unos minutos después, ya estaban calentando para empezar a pesar de la llovizna que caía, fría y fina, y todo debían hacerlo en el término de los minutos que durara el receso de media mañana: los muchachos de mi curso se enfrentarían contra sus contrapartes del grado superior y no sólo batallarían por el marcador sino por la ancestral necesidad de superar a sus mayores.

Llegué yo, pues, un poco rengueando, mientras ellos empezaban ya el partido, que llevaba jugándose desde tiempo inmemoriales en esta misma cancha por generaciones de alumnos. Como siempre, los dos equipos rivales empezaron estudiándose meticulosamente, procurando mover sus

líneas rápido pero sin arriesgar demasiado. Y aun desde afuera, la emoción se empezó a acumular en mis músculos, como si fuera yo el que estuviera corriendo allí, como lo había hecho muchos años antes.

“El fútbol es un deporte que inventaron los ingleses, juegan 11 contra 11 y siempre gana Alemania” decía un futbolista inglés, y en el colegio, el equipo de los mayores llevaba un buen tiempo imponiendo su ley alemana con todos los demás chicos y ese día los menores, mis alumnos, representaban a todos los alumnos del colegio, tratando de salir de la sombra del “hermano mayor”. Los dos equipos se sentían un poco lentos, debido al receso obligatorio en las actividades físicas comunales que ese día se reiniciaban, así que compensaban eso con juego de choque, para mostrar que no tenían miedo del otro. Yo, parado al lado de una de las laterales, no podía evitar animarlos, correr, al menos mentalmente, con ellos, el proverbial jugador número 12. De repente, el primer remate al arco pareció casi en cámara lenta y vimos al arquero de nuestro equipo volar por los aires, en heroico esfuerzo para impedir la entrada del balón. Y éste, juguetón, golpeó el travesaño que se estremeció y dejó caer unas gotas de agua sobre la humanidad del portero que quedó en el piso, para luego levantarse para hacer de nuevo rodar el balón y continuar el juego.

Los minutos se empezaron a apilar y el nerviosismo se sentía como electricidad en el ambiente y los chicos lo sabían, jugando, como lo estaban, tratando de recordar además las medidas impuestas para mantener las distancias con sus congéneres. Jugaban de lejos, de memoria, con movimientos curiosos, como bailarines que se buscan y se evitan al mismo tiempo. Pero el tiempo se empezaba a acabar, y no querían regresar al aula sabiendo

que habían empatado, el peor de todos los resultados posibles, ya que no era tan dulce como una victoria ni tan amargo como una derrota, era solo un algo sin una verdadera sensación asociada.

Seguía cayendo la misma lluvia sin fin de la sabana que calaba en los huesos, pero a los protagonistas no parecía importarles en lo más mínimo. Pero nosotros, tratando de mantener la distancia y observando desde las laterales, empezábamos a sentir el impacto del frío. El arquero de nuestro equipo, el halcón volador de los primeros minutos, se limpió la cara, tratando de mantenerla con la menor cantidad de agua posible, que en ese momento ya se juntaba con su sudor y entonces, en un tono más imponente que el que sus años sugerían, gritó “el último gol gana”. Y puso el balón en el piso, moviéndolo para el más pequeño de todos los nuestros, que gambeteó, sacando de quicio a su contraparte, un chico mucho más rudo, que parecía quererlo acabar a golpes, pero el nuestro movió el balón a otro y empezaron una serie de toques rápidos, punzantes, a derecha e izquierda, tratando de encontrar el ángulo de ataque, y el balón parecía moverse en sus pies como invadido por su propio espíritu, hasta que quedó en los pies de Freddy, que avanzó casi en cámara lenta llevándolo los últimos metros, y remató, no con violencia, sino con la frialdad de la lluvia...

¡GOOOOOOOL! Una palabra tan mística, corta y primitiva, Freddy la gritó abriendo los brazos y todos gritamos con él, mientras al fondo sonaba la campana anunciando el final del descanso. Los chicos se abrazaron mientras la felicidad de todos se hacía una con la lluvia. Era su forma de decir que no habría enfermedad alguna que pudiera apartarnos, que ese abrazo era de ellos, de su futuro.—

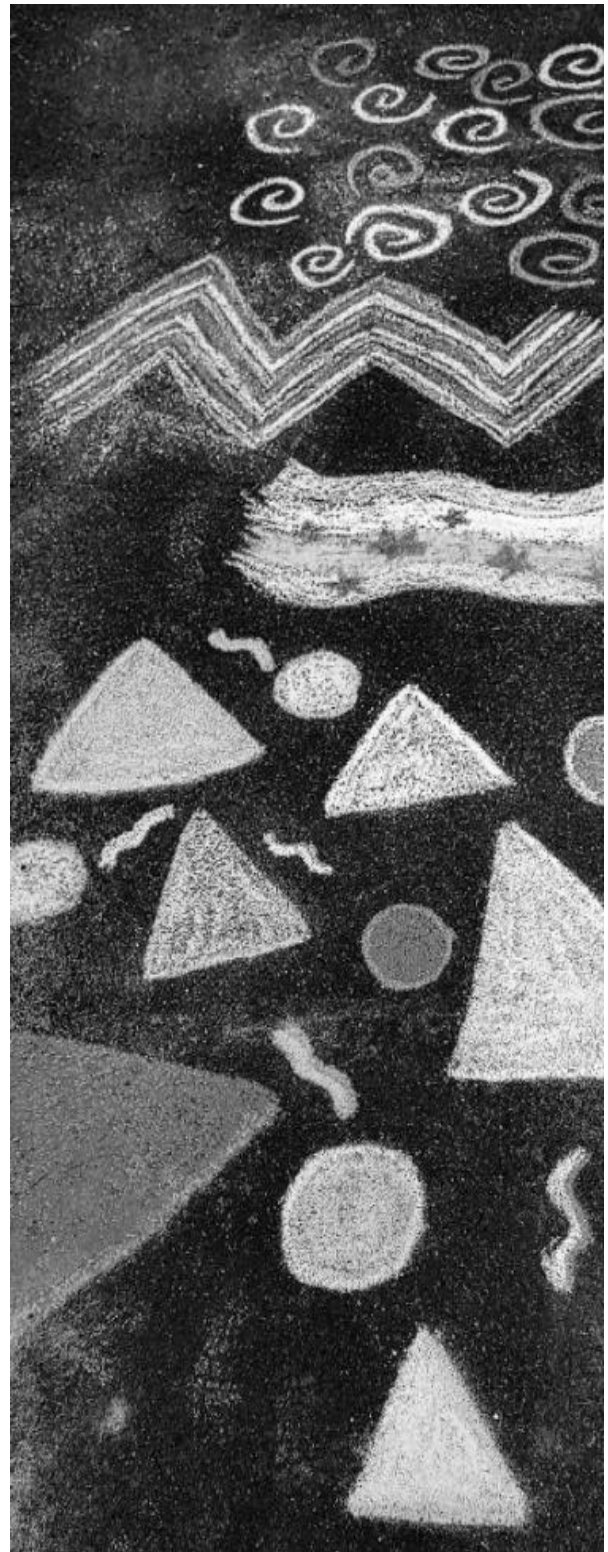
# REPITEN

*Carlos Morales*

Repiten "Quédate en casa"  
compran comida  
se lavan las manos  
se limpian el trasero  
para purificar sus almas  
no preguntar  
quién es su prójimo

Odian las palabras  
de los cantos  
para evitar el contagio  
las malas miradas  
los conjuros  
los hechizos  
ocultos tras máscaras y candados  
quejándose  
de los tedios interminables  
de sus vidas

cuando se cansan  
de inventar curas  
dar consejos  
gratuitamente  
sin otra opción  
que esperar  
el fin del mundo



## 22

*Alejandro Saravia*

encapuchadas, silenciosas  
como esperando tu paso  
arrimadas a los bordes del sendero  
respiran las altas píceas  
el aire que baja de la luna  
escuchando quizá el viento,  
el ulular de un búho  
mientras te miran pasar,  
bípedo, móvil, humano  
pudiendo caminar sin poder llegar

mirando sus altas copas  
piensas en el fuego  
un incendio forestal  
que haría cenizas  
de estos garbosos hermanos  
mientras apuras el paso  
contento de poder correr  
huir lejos de las furiosas llamas  
gritando si el fuego llega de noche  
todo para no morir

los árboles que entienden del mundo  
miran tu paso confiado  
huelen ese miedo antiguo  
que tu cuerpo va dejando al pasar  
a la muerte, a la pandemia  
mirando tu ingenua confianza  
los pinos boreales saben  
que jamás podrás correr más rápido  
que el paso lento, meticuloso  
de la Muerte, que es otro fuego



# TESTIMONIO QUE ME LLEGA DE LA DISTANCIA SOCIAL

*Luis López*

Trabajar o infectarse en el reino del bicho royal.

Entre morir de hambre  
o morir infectado por el bicho royal  
yo escojo (obligado, y ya no es tanto escoger) no morir de hambre.

¿Tiene ustedes cabeza  
que cuántas cabezas dependen de mí  
y de mi trabajo miserable?  
y ya no es un (solo) morir de hambre.

Y miren si tienen cabeza  
sí escogiera morir de hambre  
es ya morir, es ya seguro.

Morir a causa del bicho royal es una apuesta  
yo apuesto a quizás sí  
a quizás no  
y hay un quizás... yo me la juego.

Pero qué quieren  
párenla con eso que soy irresponsable.

Yo me jugué la Vida siempre  
desde el estar anterior de mi Madre.

Ya mi Madre y mi Padre  
en este bendito orden  
escogieron entre comer o no comer una fruta prohibida  
y mi Madre valiente osó comerla  
para saber qué es comer y qué no es comer  
y aquí vamos perdonados.

Yo me la jugué siempre  
todos los bichos de este mundo me atacaron  
comí mierda y estoy vivo aquí ahora  
comí humillación y estoy vivo aquí ahora  
comí injusticias y estoy vivo aquí ahora.

Y tengo la promesa  
del Dios Esperanza:  
«¡No morirás!»

Siempre he creído junto con los buenos  
que cuando muera resucitaré.

La muerte como que  
es cosa de sabihondos y de ricos infestos.

Aquí te dejo. Gracias por tus consejos.

«¡Lávate las manos!».  
Yo sé. Tú te las lavaste toda tu vida por partida doble.  
Aquí, aquí, no hay agua ni caliente ni por veinte segundos.

«¡Quédate en casa!».  
¿Cuál casa, amigo?

Conoces eso que no tenía ni dónde caerse muerto.

«Respetar la distancia social».  
Qué risa me das.  
No es distancia social.  
Yo apuesto que es distancia física  
lo que usted quiere decir.

Montreal, 30 de mayo de 2020

# MARGINALIA

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

## **EN LÍNEA:**

Nuestro nuevo sitio en Internet: <http://www.apostlesreview.com>

Nuestro correo electrónico: [apostlesreview@gmail.com](mailto:apostlesreview@gmail.com)

*The Apostles Review*

Número 24 – Primavera-verano-otoño 2020

ISSN 1918-087X

ISBN 978-1-988870-09-0